

A la casa de barro en que alienta mi espíritu  
bajan tus manos santas como alas de paloma.  
El color azul suena su trompetín de vidrio  
y se escucha el rumor callado del aroma.

Sor Angela: salud de los enfermos, vía  
de dulzura, vellón, mi vaso de cariño.  
Pasas como una luna sobre la tierra mansa  
nevando castamente los sueños de los niños.

Manojo de hostias, leche de corderas pascuales,  
evangelio de anémonas nevadas, Sor Espuma;  
el rumor de tus hábitos es hermano del Angelus  
y tu voz tiene el roce de una celeste pluma.

El aplauso resonante que obtuvieron en España sus dos últimos libros, «Boletines de mar y tierra» y este «Rol de la manzana», dan un timbre luminoso a la poesía de América.—  
C. P. S.



EL VELERO MATINAL, Ensayos, por *Fernando Diez de Medina*.—  
Editorial «América». La Paz. Bolivia, 1935.

Fernando Diez de Medina ha publicado anteriormente dos libros (de poemas) por los cuales ha sido elogiado en diversas partes del continente y fuera de él, según afirman numerosos comentarios que se adjuntan a «El Velero Matinal». Este, su tercer libro, es de ensayos. Prepara, además, una obra de crítica sobre la literatura boliviana y un tomo de cuentos.

En «El velero Matinal» lo primero que se observa es la diversidad motival de sus páginas no obstante ser notorio que en ellas predominan aquellas orientadas en un sentido de preocupa-

ción por la cosa o suceso latinoamericano, más estrictamente, boliviano, a cuyo pueblo pertenece el autor. Esto, en cuanto al exterior, sin más grande importancia. Mas, en lo que se refiere a la médula misma de la mayor parte de la obra, ya es otra cosa. Porque Diez de Medina al buscar para sus ensayos la preferencia por el tema de contextura vernácula, es impulsado por el propósito definido—no exteriorizado abiertamente, pero no por eso de evidencia más fácil y cercana—de destacar analizando, comprendiendo, estructurando la expresión humana de Bolivia en cuanto a individuo, a personalidad y siempre constatando la oposición a su medio, a pesar y tal vez por lo mismo: ser una consecuencia de este. O la oposición del ambiente al individuo. En verdad, ambas; la mutualidad en lo hostil. Otras veces, desconocimiento de la personalidad por la atmósfera colectiva. Por excepción, el triunfo de aquélla sobre ésta.

Seguramente, lo dicho, es cierto; pero en un significado general, global. En lo particular existe una tentativa de interpretar la idiosincrasia boliviana a través de algunas de sus personalidades más señeras y significativas o mejor, de elucidar ciertos aspectos de su realidad física y humana, aquella, desde luego, en la evidencia telúrica y la última, en la fisonomía de sus artistas, políticos y escritores. En el fondo, tal vez, una aspiración muy loable de encontrar los elementos diferenciados que puedan individualizar a Bolivia como nación, o, cual acertadamente lo explica Fernando Diez de Medina, de país, ya que filosóficamente no se puede hablar de Bolivia como nación, así como de la mayoría de los otros pueblos de Latino-América, que en este sentido—agregamos nosotros—se encuentran finalizando su período larvario, si exceptuamos una que otra república. Esta orientación le da unidad, sino al volumen, por lo menos a los ensayos que orillan, adentrándose, el tema aludido.

En otras ocasiones no es difícil entrever el interés de Diez de Medina de estudiar algunas individualidades bolivianas desde un punto de vista de mayor amplitud, o sea, habiendo conseguido

afirmar su importancia local, desprender ésta de su clima originario, desarrollándola en el espacio continental y aun más, dándole cierta entonación ecuménica, en lo que se refiere a sus características cualitativas.

Es el caso de Franz Tamayo a quien Fernando Diez de Medina le dedica el ensayo primero de su volumen, considerando la labor escrita de que es autor como la expresión artística más completa que haya producido hasta hoy Bolivia. Y es, precisamente, sólo en este sentido en que aparece analizado el creador de «Los Nuevos Rubayats», es decir, únicamente como artista. «El hombre y el político quedan al margen».

«Un artista en América. Difícil hallazgo, inaudita presencia. Sin embargo, el milagro es posible!» dice Diez de Medina. Y el milagro en Bolivia se llama Franz Tamayo, a través de cuya obra por primera vez florece lo boliviano como realidad artística de consecuencia extra local, según se desprende del ensayo de Diez de Medina. Y en esta consideración ya está fijada la posición de Franz Tamayo en el sentido de que hablamos más arriba, pues, siendo artista su labor, necesariamente, tiene que traspasar la medida geográfica de su país, afirmamos.

«Lo boliviano en Tamayo, agrega Diez de Medina, es la incontenible voluntad creadora. Es nuestro paisaje, cuya presencia hincha la línea de sus versos. El aliento telúrico que insufla poderosa plasticidad a las imágenes. La vieja raza que no se reconoce vencida y se yergue fieramente contra la fatalidad histórica.

«La raíz de su bolivianidad es el sentimiento estético del Ande, que gravita con trágica grandeza sobre el hombre adusto del altiplano. Es el alma proteiforme de la tierra que le brinda sus mil fuerzas dispersas, concediendo una virtud escultórica a sus versos, donde se forjan torsos y se tallan formas rebeldes, en este medio bárbaro de las altas mesetas en que introducir el orden y esculpir cuerpos, es sólo misión de precursores».

En verdad, estos ensayos de Diez de Medina son un aporte

esencial para la comprensión del país del altiplano. Asomarse a ellos es acercarse a lo que, para darle un nombre, es el alma de Bolivia. Y éste se, tal vez, uno de sus méritos más fundamentales, uno de sus valores intrínsecos más permanentes pues, en el estudio de algunos de sus hombres más representativos en las diversas esferas en que desarrollaron o desarrollan sus actividades, vemos, al mismo tiempo, de una manera sincrónica, las características más salientes de los personajes analizados, como también esbozos, insinuaciones, sugerencias, cuando no evidencias, de la psicología del pueblo boliviano. Esta dualidad tan respetable y tan difícil de presentar con justeza, acrecienta todavía más el mérito de los ensayos de sustancia vernácula que vienen en «El Velero Matinal». Ahora, si agregamos el limpio y rico lenguaje con que están escritos y que frecuentemente alcanzan una poderosa entonación lírica, sin por eso perder la precisión del pensamiento o de la idea; la sugestión de sus proposiciones o conclusiones; la seguridad de bordear acertadamente una síntesis colectiva, podemos asegurar que «El Velero Matinal» es un buen libro y digno de lectura por todos aquéllos que se interesen en el conocimiento de un pueblo, o, simplemente, solazarse en un volumen escrito armoniosamente.

Las cualidades anotadas en cuanto a lenguaje, pensamiento, etc. sobre los ensayos de temas bolivianos, pueden también reconocérseles a los otros que giran sobre diversos motivos. En aquéllos y en éstos resplandece la aguda presencia de una cultura literaria y artística muy firme y completa que es tal vez la que le comunica a todo este volumen esa decencia tan parca en otros libros de autores sudamericanos.

Por todas las condiciones ya señaladas «El Velero Matinal» y aunque esté demás decirlo—porque a través de este breve comentario ya ha podido desprenderse nuestro juicio—es una obra que sobrepasa el término medio de la producción literaria de Latino América. Pero es para nosotros una satisfacción poder constatarlo nuevamente.—A. T.